

63 Semana de Misionología de Burgos

La Misión tenemos que hacerla juntos

UNA ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL PARA LA MISIÓN

Por José Manuel Madruga Salvador
Director de la Revista Misiones Extranjeras

ESQUEMA

1º.- Los ecos de un Año Sacerdotal.

Los objetivos del Año Sacerdotal podrían resumirse en la necesidad de promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo; en favorecer la tensión hacia la perfección espiritual de la cual depende sobre todo la eficacia de su ministerio y en la exigencia de profundizar en la personalidad del presbítero y en su connatural dimensión misionera.

2º.- La novedad del sacerdote secular en el trabajo misionero.

La presencia del sacerdote secular español en la acción misionera de la Iglesia se remonta a finales del siglo XIX. El colegio de Ultramar de D. Gerardo Villota sería la semilla para el surgimiento del Seminario de Misiones (1920). Luego vendrían las misiones diocesanas vascas (1948) dejando el camino abierto para otros proyectos diocesanos, el surgimiento de la OCSHA (1949), los Fidei Donum y después del Concilio otros grupos y nuevos movimientos sacerdotales se harán presentes en la misión ad gentes.

3º.- La espiritualidad del presbítero.

Benedicto XVI sale al paso de dos concepciones sobre el sacerdocio que algunos quisieran contraponer: la que se entiende como servicio y la ontológico-sacramental. Mas bien la tensión entre ellas se resuelve desde dentro como subraya la *Presbyterorum ordinis*. Desde la perspectiva de la sacramentalidad, la espiritualidad se presenta como un camino para vivir y desarrollar la gracia y el dinamismo interno del sacramento del orden en el ejercicio del ministerio. Aun así, es el Espíritu, en última instancia, el garante de la misión de los ministros de la Nueva Alianza. Hoy, en día, se siente más que en otros tiempos la necesidad y la exigencia de santidad en los misioneros a la vez que se buscan caminos posibles de espiritualidad para llegar a la santidad.

4º.- Lo específico de la espiritualidad misionera.

La misión recibida de Cristo bajo la acción del Espíritu Santo debe vivirse como "vida en el Espíritu", es decir con una espiritualidad consecuente. La espiritualidad como vivencia de la misión en sintonía con Cristo es esencial en la vida del misionero. La espiritualidad misionera es el estilo de vida que corresponde

al mandato misionero de anunciar el evangelio a todos los pueblos. Equivale a la vivencia de la misión como fidelidad generosa al mismo Espíritu.

5º.- Ejes vertebrados de una espiritualidad misionera

- 5.1. Docilidad al Espíritu
- 5.2. Jesús, primer evangelizador
- 5.3. Lugar central de la Palabra
- 5.4. Vivencia de los sacramentos como guía y fuente de evangelización
- 5.5. Pasión por el Reino de Dios y su Justicia

6º.- Algunos rasgos más específicos de la espiritualidad de los presbíteros

- 6.1. Vivir desde el don
- 6.2. Una espiritualidad de la transparencia
- 6.3. Una espiritualidad de la encarnación
- 6.4. La unidad de vida
- 6.5. Ser principio de comunión
- 6.6. Austeridad de vida y de medios
- 6.7. Sentir la pertenencia a la iglesia particular de origen y de destino

1º.- Los ecos de un Año Sacerdotal.

Todavía resuenan en nosotros los ecos del Año Sacerdotal que Benedicto XVI convocó con motivo del 150 aniversario de la muerte del santo Cura de Ars.

El Año Sacerdotal tuvo como finalidad “favorecer la tensión de todo presbítero hacia la perfección espiritual de la cual depende sobre todo la eficacia de su ministerio, y ayudar ante todo a los sacerdotes, y con ellos a todo el pueblo de Dios, a redescubrir y fortalecer más la conciencia del extraordinario e indispensable don de gracia que el ministerio ordenado representa para quien lo ha recibido para la Iglesia entera y para el mudo, que sin la presencia real de Cristo estaría perdido” (Audiencia General del 24 de junio de 2009).

En la Audiencia del 26 de mayo pasado, Benedicto XVI nos recordaba que “si el fin es llevar el anuncio de Cristo y conducir a los hombres al encuentro salvífico con Él para que tengan la vida, la tarea de guiar se configura como un servicio vivido en una donación total para la edificación de la grey en la verdad y en la santidad, a menudo yendo a contracorriente y recordando que el más grande debe hacerse como el más pequeño y el que gobierna, como el que sirve” (Cf *Lumen Gentium*, 27).

En este Año Sacerdotal no podía estar ausente la llamada a la misión, Con motivo de la catequesis en torno a nuestro santo, Domingo de Guzmán, Benedicto XVI nos recordaba “que en el corazón de la Iglesia debe arder siempre un fuego misionero, que empuja incesantemente a llevar el primer anuncio del Evangelio y, donde sea necesario, a una nueva evangelización: ¡es Cristo, de hecho, el bien más precioso que los hombres y las mujeres de todo tiempo y de todo lugar tienen el derecho de conocer y amar!. Y es consolador ver como también en la Iglesia de hoy son tantos –pastores y fieles laicos, miembros de antiguas órdenes religiosas y de nuevos movimientos eclesiales- que con alegría gastan su vida por este ideal supremo: anunciar y dar testimonio del Evangelio”.

Los Obispos españoles, en su carta a los sacerdotes con motivo del Año sacerdotal, manifiestan que se sienten orgullosos de los sacerdotes que anuncian el Evangelio en otros países.

Con motivo del *Angelus* del día 7 de febrero de 2010, el Papa se dirigía a la Iglesia entera en estos términos: “En este Año sacerdotal, rogamos al Señor de la mies, para que envíe operarios a su mies y para que los que sientan la invitación del Señor a seguirlo, después del necesario discernimiento, sepan responderle con generosidad, no confiando en sus propias fuerzas, sino abriéndose a la acción de la gracia. En particular invito a todos los sacerdotes a reavivar su generosa disponibilidad para responder cada día a la llamada del Señor con la misma humildad y fe de Isaías, Pedro y Pablo”.

También, con motivo del Año Sacerdotal se nos ha recordado “la necesidad de la santidad de parte de quienes tienen la misión de comunicar el Evangelio en ambientes y grupos que no están evangelizados. La eficacia de la predicación y del ministerio apostólico, más allá de la realización de los sacramentos, depende mucho también de la credibilidad del comunicador, del ministro, del misionero” (Vito del Prete, *Reconstruir la personalidad apostólica*, Omnis Terra, nº 391, Junio, 2009).

2º.- La novedad del sacerdote secular en el trabajo misionero.

Es a finales del siglo XIX, cuando un canónigo de esta catedral burgalesa, comienza a soñar y diseñar un original proyecto misionero: la creación de un colegio para sacerdotes y seminaristas que pudieran formarse y prepararse para ir a las provincias de Ultramar, que aún le quedaban, y por poco tiempo, a España. Soñaba también que aquel colegio se convirtiera más tarde en uno de Misiones Extranjeras para trabajar en territorios de infieles.

Los primeros sacerdotes de este colegio, situado apenas a unos pasos de esta Facultad, salieron hacia Chile en el año 1901. Ya todos conocemos las dificultades que encontró el proyecto de D, Gerardo no tanto entre sus compañeros

sacerdotes sino a nivel de concreciones jurídicas y canónicas. La llegada del cardenal Juan Benlloch, el entusiasmo de José Zameza lograrán dinamizar la búsqueda de un cauce misionero para el clero secular español. En el año 1920 se inaugura el Seminario nacional de Misiones, se crea en España la Unión Misional del Clero y comienzan a salir sacerdotes hacia los campos de misión. Más tarde, la llegada de Mons. Luciano Pérez Platero a la sede de Burgos (1945) irá acompañada con diversas iniciativas encaminadas a fortalecer una responsabilidad misionera colectiva. En esta época surgen las Semanas Misionales y la revista Misiones Extranjeras como veremos el miércoles en la tarde.

Mientras la vida de aquel seminario se robustecía, aumentaban las vocaciones y se abrían los campos de trabajo en África y en Asia, sin embargo no progresaba en la misma medida la definición jurídica de aquella secularidad o diocesaneidad que estaba en la raíz de la intuición del canónigo Villota y que mantenían y defendían los conocedores y seguidores de su inspiración, entre ellos el también canónigo burgalés, D. Emilio Rodero Reza, por muchos años Rector del Seminario de Misiones y Vicario general de esta diócesis.

En el año 1947, por decisión de Propaganda Fide, el seminario de Misiones quedó situado en el marco jurídico de Sociedades de vida en común sin votos. El IEME ha gastado a lo largo de su corta historia muchas energías para recuperar su identidad: sacerdotes diocesanos, asociados y misioneros.

Mientras tanto. Hacía años que la diócesis de Vitoria estaba buscando la forma de que sus sacerdotes pudieran trabajar en misiones sintiéndose expresión misionera de su iglesia y abriendo así caminos a las diferentes modalidades de presencias a las así llamadas diócesis misioneras, proyectos diocesanos, etc.. Los primeros sacerdotes vascos salieron en el año 1948. Por aquellas mismas fechas (4 de junio de 1949) se creaba en Zaragoza la OCSHA para la cooperación ordinaria de las diócesis con América Latina. En el año 1950, la *Fidei Donum* hará también una llamada a otra forma de encauzar la ayuda misionera.

Fue el Concilio Vaticano II quien con una nueva reflexión teológica sobre la misión, sobre las iglesias particulares y sobre el asociacionismo dentro de la Iglesia, ayudó a dibujar mejor el perfil de instrumento, de cauce misionero del clero secular español para la misión ad gentes que el IEME y otras instituciones pretendieron diseñar.

En los últimos años hay que hablar también de la presencia en la actividad misionera de la Iglesia de otros sacerdotes que canalizan su compromiso a partir de cauces que ofrecen los nuevos movimientos y otras formas organizativas dentro del marco del derecho canónico.

La presencia del sacerdote secular en la misión ad gentes ha ido acompañada del magisterio de la Iglesia que, de alguna forma, ha pretendido clarificar y marcar pautas para responder mejor a los retos y desafíos de la misión en un mundo globalizado.

Juan Pablo II en el año 1995, en el Discurso a la Asamblea Plenaria de la CEP, hablando de las diversas formas de cooperación y reconociendo la validez de todas ellas se decanta por la "vocación especial de los misioneros *ad vitam*, paradigma del compromiso misionero de la Iglesia, que siempre tiene necesidad de entregas radicales y totales, de impulsos nuevos y valientes" (RMi 66). Es con la entrega total y perpetua como se alcanza la cumbre y el núcleo de la cooperación. Pero esta entrega radical y de por vida no excluye otras formas de cooperación. El Papa vuelve de nuevo a hablar de la experiencia de los presbíteros *Fidei donum* en cuanto que manifiesta cada vez más su validez y fecundidad. Ellos, en efecto, retomando la RM "evidencian de forma singular el vínculo de comunión entre las iglesias, prestan una preciosa contribución al crecimiento de las comunidades eclesiales necesitadas, mientras que reciben de ellas frescura y vitalidad de fe" (RMi 68).

"Esta forma de cooperación misionera, añade el papa, debe constituir un objetivo de todo presbiterio diocesano y, en primer lugar, de los obispos, que debe

realizarse siempre en sintonía con el Dicasterio misionero" (Disc. Cit. Revista ECCLESIA, nº 2.736, 1995, p.26).

3º.- La espiritualidad del presbítero

Benedicto XVI en la audiencia general del 24 de junio de 2009, se hacía eco de dos concepciones en torno al sacerdocio. Decía: "En un mundo en el que la visión común de la vida comprende cada vez menos lo sagrado, en cuyo lugar lo "funcional" se convierte en la única categoría decisiva, la concepción católica del sacerdocio podría correr el riesgo de perder su consideración natural, a veces incluso dentro de la conciencia eclesial. Con frecuencia, tanto en los ambientes teológicos como también en la práctica pastoral concreta y de formación del clero, se confrontan, y a veces se oponen, dos concepciones distintas del sacerdocio".

El Papa, a este respecto, recurre a uno de sus libros editado en Brescia, el año 2005 y titulado: *"Ministerio y vida del sacerdote" en (Elementi di Teologia Fondamentale. Saggio su fede e ministero, p. 165)*. En él subraya que existen "por una parte, una concepción social-funcional que define la esencia del sacerdocio con el concepto de "servicio": el servicio a la comunidad, en la realización de una función...Por otra parte, está la concepción sacramental-ontológica, que naturalmente no niega el carácter de servicio del sacerdocio, pero lo ve anclado en el ser del ministro y considera que este ser está determinado por un don concedido por el Señor a través de la mediación de la Iglesia, cuyo nombre es sacramento".

La derivación terminológica de la palabra "sacerdocio" hacia el sentido de "servicio, ministerio, encargo" es signo de esa diversa concepción. "A la primera, es decir, a la ontológico-sacramental está vinculado el primado de la Eucaristía, en el binomio "sacerdocio-sacrificio", mientras que a la segunda correspondería el primado de la palabra y del servicio del anuncio".

Bien mirado, no se trata de dos concepciones contrapuestas y la tensión que existe entre ellas debe resolverse desde dentro. Así el decreto *Presbyterorum ordinis* del Concilio Vaticano II afirma: "Por la predicación apostólica del Evangelio se convoca y se reúne el pueblo de Dios, de manera que todos (...) se ofrezcan a sí mismos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios" (Rm 12,1).

Hechas estas aclaraciones, tendríamos que decir que la espiritualidad del presbítero ha adoptado enfoques variados y complementarios en la dilatada y compleja historia del ministerio sacerdotal. "Desde la perspectiva de la sacramentalidad, dice Antonio Bravo, la espiritualidad se presenta como un camino para vivir y desarrollar la gracia y el dinamismo interno del sacramento del orden en el ejercicio del ministerio". De ahí que resulte decisivo precisar el núcleo de la gracia sacramental que se desarrolla a través de las funciones, tareas y relaciones múltiples que el presbítero vive en la comunión de la Iglesia y al servicio del mundo.

La vocación y misión del presbítero ha de ser pensada y vivida en el horizonte de la sacramentalidad de la Iglesia. Dado que "la Iglesia aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo (LG 4); y porque "toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre" (AG 2), el ministro ordenado ha de trabajar bajo la acción del Espíritu para que la Iglesia sea realmente un icono del misterio de comunión y misión que es nuestro Dios.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles constatamos que el ministerio apostólico se desarrolla bajo el impulso del Espíritu. Es el Espíritu, en última instancia, el garante de la misión de los ministros de la nueva alianza.

Dios elige sus ministros de entre hombres de una cultura y tiempo determinado. No los elige perfectos ni los hace perfectos de un golpe. "Como el rostro de Cristo se refleja en el rostro desfigurado del pobre, así también Cristo quiere servirse de hombres frágiles para hacerse presente y activo en medio de los suyos. No es la perfección moral, aunque a ella deba tenderse, la que hace al presbítero "sacramento personal de Cristo, Cabeza y Pastor" sino la acción graciosa

del Espíritu mediante el sacramento del Orden" (Antonio Bravo, *La espiritualidad del presbítero*, Isidorianum, n, 37, 2010).

El presbítero recibe el Espíritu mediante la imposición de las manos, para ser signo e instrumento que reenvíe a Cristo y alumbre en cierta forma en la comunidad reunida o por reunir. De ahí la necesidad de dejarse modelar por el Espíritu para ser transparencia de Cristo en la iglesia y en el mundo.

Hoy, en día, se siente más que en otros tiempos la necesidad y la exigencia de santidad en los misioneros a la vez que se buscan caminos posibles de espiritualidad para llegar a la santidad.

A algunos nos cuestiona que la tarea misionera de la Iglesia quede muchas veces reducida a la satisfacción de necesidades biológicas, sociales y culturales. Si trabajamos así, no sólo no conseguiremos generar un sistema de justicia social y de respeto de los derechos humanos (tarea no única nuestra) sino que los mismos pueblos pueden quedar defraudados en sus riquezas antropológicas y espirituales.

Vito del Prete, actual secretario general de la PUM, advierte que la misma reflexión teológica no ha sido capaz de aportar orientaciones positivas a la actividad de la evangelización. O puede ser también que se ha adecuado sumisamente al pensamiento pragmático, inaugurado por la Conferencia de Edimburgo, en la que el significado y la planificación de la actividad misionera de las Iglesias prescindían de la confesión de fe, realizando principalmente actividades de desarrollo, o ha llegado a ser demasiado académica e intelectual, fraccionándose hasta tal punto que los agentes de la evangelización difícilmente consiguen intuir el significado y la finalidad de la actividad misionera en una visión global del misterio cristiano. (*Reconstruir la personalidad apostólica*, *Omnis Terra*, n, 291, junio de 2009).

Como consecuencia de este déficit nos encontramos con el fenómeno de la secularización de la misión, un cliché que inevitablemente ofusca y debilita nuestra capacidad de juicio crítico sobre la realidad humana, cristiana y misionera. Lamentablemente en muchos misioneros, ya maduros en años y en experiencia misionera, falta una reflexión adecuada de la teología de la misión. Por su parte, los misioneros que podemos considerar de la última hora, han tenido la posibilidad de trabajar la teología de la misión pero muchos de ellos ya vienen con ideas y proyectos preconcebidos de la misión; éstos y los otros, al llegar a los campos de trabajo corren el riesgo de perder las coordinadas esenciales de la acción evangelizadora como la misma proclamación del mensaje. Algo parecido tendríamos que decir sobre cómo entendemos la misma cooperación misionera.

Nos preguntamos ¿quién corregirá el error de Edimburgo? Es cierto que se ha abierto un amplio debate sobre esta problemática al interior de las iglesias hermanas. Por su parte, Benedicto XVI ha ido haciendo su aporte a partir de la *Deus Caritas Est*, *Spe Salvi*, la celebración del Año Paulino y del Año Sacerdotal que se acaba de clausurar. El centro de su mensaje es volver a afirmar que la fuente y la eficacia de la misión es el misterio cristiano vivido, testimoniado y proclamado en su integridad. Pide a los agentes del Evangelio que se dediquen a la oración y a la contemplación, que hagan de la propia vida una imitación de Cristo. Esto es lo que constituye la metodología perenne de toda actividad misionera,

A partir de una comprensión más profunda y mejor de Cristo y del misterio de la Iglesia, comenzará a ponerse en movimiento un dinamismo que incida en la estructura y en la misión del pueblo de Dios. La crisis de la evangelización debe ser orientada, en gran parte, hacia el sujeto que evangeliza. (Cf. Vito del Prete, art. cit.)

Lo más necesario y prioritario es volver a construir, volver a dar fuera a la estructura de la personalidad misionera volviendo al seguimiento de Cristo, misionero, cada uno según la vocación y el don que el Espíritu le ha dado.

4º.- Lo específico de la espiritualidad misionera

La misión, recibida de Cristo bajo la acción del Espíritu Santo, debe vivirse como "vida en el Espíritu" es decir con una espiritualidad consecuente. La

espiritualidad como vivencia de la misión en sintonía con Cristo es esencial en la vida misionera. Y no se trata de un simple proceso de interiorización ni menos de una actitud subjetivista, es un compromiso para un camino de renovación eclesial, personal, comunitaria y estructural.

El misionero necesita de una contextura interior, de un andamiaje que le permita llevar adelante con garantía la tarea misionera. La espiritualidad del misionero se concreta en "actitudes interiores" (EN 74), todas ellas impregnadas de relación personal con Cristo. Son actitudes de relación familiar con Dios, de confianza filial en sintonía con los planes salvíficos de Dios, de amistad con Cristo, de fidelidad a la acción y presencia del Espíritu Santo, de escucha contemplativa de la palabra de Dios, de sensibilidad respecto a los problemas de los hermanos redimidos por Cristo. No hay espiritualidad posible sin una experiencia de Dios.

La espiritualidad misionera es el estilo de vida que corresponde al mandato misionero de anunciar el Evangelio a todos los pueblos. La espiritualidad misionera equivale a la vivencia de la misión como fidelidad generosa al mismo Espíritu. Hay que prestar atención a la vivencia y al espíritu con que se realiza la misión en sí misma¹.

Los elementos fundamentales de la espiritualidad misionera los podemos encontrar a partir de la figura del Buen Pastor que se transparenta a través de las figuras misioneras de todas las épocas, desde Pablo hasta nuestros días. Una verdadera espiritualidad no puede prescindir de los elementos transmitidos por los grandes misioneros que nos han precedido. Estos, a su vez, se enraízan en toda la rica tradición de la Iglesia y, en último término, en el Evangelio. Sin embargo, los matices, los acentos, la forma de sentir y vivir los motivos de siempre, sí pueden cambiar.

Las líneas básicas de la espiritualidad misionera se pueden deducir de los tres elementos que componen la "vida apostólica" de todas las épocas: seguimiento evangélico de Cristo, fraternidad o vida comunitaria del grupo, disponibilidad misionera. En realidad, es este último elemento el que matiza la generosidad evangélica y la vida fraterna del misionero en general y en particular.

La fuente de la actividad misionera es la dinámica del amor trinitario. Los fundamentos de la misión son trinitarios y pneumatológicos. El impulso misionero está íntimamente ligado a la fuerza del Espíritu que actúa en el corazón de los misioneros. Su acción evangelizadora no depende tanto de una renovación teológica como de la calidad de vida que les anime.

La preocupación de todo misionero debe centrarse hoy en cómo aprender a ser dóciles al Espíritu Santo. Si de verdad queremos y deseamos que la misión no sea nuestra sino de Dios, tendremos que discernir bien las llamadas del Espíritu. Los frutos de un mayor compromiso misionero sólo serán posibles si hay un anclaje más profundo en Dios².

El Espíritu aparece como el empuje de Dios para que la misión o el misterio de Dios se vayan abriendo camino en medio de la historia con unas perspectivas universales, ilimitadas, cósmicas. La vida en el Espíritu, según el modelo de Jesús, es apertura al horizonte de la misión y entrega a esta misión. La espiritualidad no puede no ser misionera, ya que en tal caso dejaría de ser vida en el Espíritu³.

¹ J. M. MADRUGA SALVADOR: *Una espiritualidad para la misión ad gentes*, Misiones Extranjeras 210 (2006), 27

² Cf. JM ECHENIQUE. *Todos llamados a la misión*, "Omnis Terra" 384 (2008) 377

³ Cf. E. BUENO DE LA FUENTE, *Corresponsables en la misión*, IITD, Madrid, 1998, 169

5º.- Ejes vertebrados de una espiritualidad misionera

La Iglesia entera, junto con la creación y la historia humana, y remontándose en sus raíces al amor fontal trinitario e impulsada por el Espíritu continúa la misión universal de Jesús a favor de la reconciliación y comunión gozosa de todos los seres humanos en el Reino de Dios.

Vemos cómo la iglesia local se reconoce, habitada por el mismo Espíritu, enviada por él a una misión que no es suya y le trasciende. De esta forma los cristianos se sienten así invitados a vivir y testimoniar la misión como discípulos de Jesús y con sus mismas actitudes.

La espiritualidad misionera está llamada a responder a los grandes desafíos de la misión y a insertarse en las corrientes espirituales que el Espíritu regala a la humanidad. Sin embargo, cuando miramos a la realidad en la que acontece la venida del Espíritu la descubrimos llena de gozosa esperanza pero también llena de amenazas. Es en este contexto que vive y realiza la misión el enviado.

Podemos decir que la vida del misionero es toda ella una biografía al servicio del Reino, en cuyo interior hay diferentes etapas dinamizadas todas ellas por la fuerza del Espíritu a través de los consiguientes procesos de purificación, iluminación y unión.

En el contacto con la realidad, el misionero oye gritos y susurros de “gozos y esperanzas, de tristeza y angustias” de los hombres y mujeres a los que el Señor le envía y trata de dar una respuesta evangélica que ilumine esas realidades y ayude a trascenderlas. Esos gritos tienen innumerables acentos según épocas y lugares, pero hay algunos más agudos para nuestra sensibilidad de hombres y mujeres de frontera que el espíritu del Señor nos hace vivir con mayor intensidad. Estos gritos van configurando la espiritualidad del misionero y se convierten así en rasgos específicos de su espiritualidad que le vienen exigidos por el contexto y la situación en que encuentra a sus hermanos cuando intenta mirarlos con los ojos de Cristo y desde su Espíritu⁴

Si miramos a la espiritualidad misionera de las instituciones misioneras surgidas en los siglos XIX y XX, vemos que se alimentan en parte, de los grandes motivos que impulsaron a sus inspiradores sin que ello haya sido un obstáculo para avanzar en el descubrimiento de nuevas motivaciones y ejes vertebrados de la espiritualidad. Aquella, podríamos decir, que fue una espiritualidad nacida en un contexto europeo que alimentó a muchos misioneros pero que entró en crisis a las puertas del Vaticano II y, sobre todo, en el postconcilio. Era una espiritualidad decididamente teocéntrica, cristocéntrica y eclesiocéntrica. Todo partía de quien envía (Dios, Cristo, la Iglesia, la institución, la diócesis) e iba hacia el destinatario. El misionero hacía un viaje desde Dios hacia el otro, desde su iglesia hacia las otras iglesias. Llevaba para ellos un mensaje de salvación. Se trataba de un movimiento unidireccional. Es una direccionalidad que se percibe, incluso, en documentos como el *Ad Gentes* del Vaticano II.

Algunos ejes vertebrados de la espiritualidad misionera: algunos se están viviendo en cuanto que son clásicos y están vigentes, otros se están afirmando y son fruto de la praxis y reflexión misionera.

Docilidad al Espíritu. El Espíritu es quien forma en nosotros a Cristo que nos impulsa por los caminos de la misión. Él es el protagonista de la misión, por eso los misioneros tienen que estar muy atentos a la acción del Espíritu

⁴ Cf. La misión ad gentes, material para el debate en el Foro de la revista Misiones Extranjeras

que siempre nos sorprende y nos descoloca. Si abrimos los ojos quedaremos admirados por todo lo que es obra del Espíritu y que abarca todo lo que es o ha sido auténticamente humano y está implícito en valores y compromisos de las personas de todas las épocas, culturas y religiones.

El Espíritu nos lleva a abrir más nuestra mirada para considerar su acción presente en todo tiempo y lugar, nos impulsa a ir cada vez más lejos, no sólo en sentido geográfico, sino también más allá de las barreras étnicas y religiosas, para una misión verdaderamente universal. Es el Espíritu quien nos llama a la oración para llevar a ella a los hermanos; nos lleva también a abrir los ojos y el corazón a la realidad, a los signos de los tiempos, para saber discernir la presencia activa y operante de Dios, hacia donde nos quiere la misión.

Jesús, primer evangelizador. El misionero debe fijar los ojos en Jesús el primer evangelizador. Jesús participó en la experiencia espiritual de que el Reino venía. Esta experiencia fue como un fuego que encendió a otros fuegos. Tal vez uno de los déficits de muchos misioneros sea la debilidad de su experiencia espiritual de Dios Padre. Jesús experimentó que Dios se había aproximado a la historia humana y que había dotado al ser humano de posibilidades para la construcción del Reino. Tal vez tengamos que trabajar por crear condiciones mistagógicas y pedagógicas para que las nuevas comunidades que el misionero va creando puedan tener una experiencia profunda de Dios.

Esta experiencia religiosa de Dios es la que tiene que configurar a la persona humana. El misionero tiene que aspirar en su vida a la preexistencia y la kénosis: es importante ese domiciliarse con los pobres. Cristo realiza obras y combates contra las fuerzas del mal. Pasó por el mundo haciendo el bien, viviendo la praxis de la misericordia. A través de su bondad y su misericordia la gente de su tiempo vio que era bueno como Dios. "En la Escrituras domina principalmente la figura de Cristo, que comienza su ministerio público precisamente con *Espíritu del Señor está sobre mí; porque me ha ungió para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación de los cautivos y la vista de los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor*" (Lc 4,18-19). Sus manos tocan repetidamente cuerpos enfermos o infectados, sus palabras proclaman la justicia, infunden valor a los infelices, conceden el perdón a los pecadores. Al final, él mismo se acerca al nivel más bajo, "despojándose a sí mismo" de su gloria, "tomando la condición de esclavo, asumiendo la semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre... se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz" (Flp 2,7-8)⁵.

Lugar central de la Palabra. El misionero tiene que vivir una relación íntima y personal con Cristo, en orden a una conversión completa al Reino de Dios, dejándose así tocar y transformar por la Buena Nueva, por la belleza del Evangelio. Sin duda alguna, que el misionero encuentra respuesta a los problemas y dificultades de la vida misionera a la luz de la Palabra de Dios y con la oración personal y comunitaria. Si no es un contemplativo no podrá anunciar el Reino de Dios de un modo creíble. El misionero es un testigo de la experiencia de Dios y debe poder decir con los apóstoles: "*Lo que contemplamos... acerca de la palabra de la vidaos los anunciamos*" (1 Jn 1,1.3) (RMI 91).

⁵ Mensaje al Pueblo de Dios del Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios, n° 13.

En el centro de la revelación está la Palabra divina transformada en rostro, el fin último del conocimiento de la Biblia no está "en una decisión ética o una gran idea, sino en el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva" (Deus caritas est, 1)⁶.

Vivencia de los sacramentos como gracia y fuente de evangelización.

La Palabra de Dios tiene una casa en el Nuevo Testamento: es la iglesia que posee su modelo en la comunidad-madre de Jerusalén, la Iglesia, fundada sobre Pedro y los apóstoles. Lucas en los Hechos de los Apóstoles (2,42) esboza la arquitectura basada sobre cuatro columnas ideales, que aún hoy dan testimonio de las diferentes formas de comunidad eclesial: "*Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan, y en las oraciones*"⁷.

Desde la Iglesia, Casa de la Palabra, es de donde sale la voz del mensajero que propone a todos el kerigma, o sea el anuncio primario y fundamental que el mismo Jesús había proclamado al comienzo de su ministerio público: "*el tiempo se ha cumplido, el reino de Dios está cerca, ¡Arrepentíos! Y creed en el Evangelio*" (Mc 1,15). La fracción del pan es el acto de la nueva alianza sellada con la sangre de Cristo (cf. Lc 22, 20), es la obra suprema del Verbo que se ofrece como alimento en su cuerpo inmolado, es la fuerza y la cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia. Por esta razón es que el Concilio Vaticano II, en un pasaje de gran intensidad, declaraba: "La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo "(DV 21). Por esto, se deberá volver a poner en el centro de la vida cristiana "la liturgia de la Palabra y la Eucaristía que están tan íntimamente unidas de tal manera que constituyen un solo acto de culto" (SC 56)⁸.

La tercera y cuarta columna del edificio espiritual de la Iglesia, la casa de la Palabra, están constituidas por las oraciones (Liturgia de las Horas, Lectio Divina) y por la koinonía, la comunión fraterna. El misionero necesita del alimento espiritual de cada día y por ello, en medio de la actividad y de tantas demandas, deberá encontrar espacios y tiempos para la oración personal y comunitaria.

La oración es el medio y el ámbito privilegiado de encuentro personal con Dios, de penetración en el sentido de sus designios, de captación de las actitudes del mismo Dios. El misionero necesita de una profunda actitud de oración, entendida como encuentro y diálogo personal con la Trinidad. Es en la oración donde el misionero discierne y encuentra respuestas a muchos de sus problemas.

La oración es el alma de todo apostolado porque genera en el corazón del hombre el amor ardiente que movió al mismo Dios a salir de la felicidad de su trascendencia para acercarse a las necesidades de los hombres y conducirlos a la realidad de la nueva creación. La oración alcanza una de sus cimas más elevadas en la contemplación que es fundamental en la espiritualidad misionera. La vida contemplativa no es alejamiento de la misión, sino comunión con el movimiento de amor por el que Dios se regala y se entrega a los hombres.

⁶ Ibid, nº 6

⁷ Ibid. part. III

⁸ Cf. Ibid. n. 8

La oración y, más en concreto, la oración contemplativa es tan importante que es la que da a la misión cristiana su sello de validez y su garantía de autenticidad. Es esto lo que hace a la Iglesia no quedar reducida a una organización simplemente caritativa o a una institución de beneficencia social sino aparecer claramente como la celebración y anticipación de la misma vida divina ofrecida a los hombres.

La *Redemptoris Missio* nos recuerda que “el futuro de la misión depende en gran parte de la contemplación. El misionero, si no es un contemplativo, no puede anunciar a Cristo de modo creíble” (RMI 91).

Pasión por el Reino de Dios y su justicia. El Reino es el proyecto de Dios que se comunica como creador y redentor. Se identifica con el amor infinito del Padre y, al igual que él, no tiene límites ni puede ser contrareestado por condicionamiento alguno. El amor ilimitado de Dios tiene como designio la plena realización del Reino y tiende a superar cuantos obstáculos le salen al paso.

El proyecto amoroso de Dios se manifiesta en Jesucristo, quien se identifica con el proyecto divino que constituye el Reino. Jesús es signo y sacramento del Reino; no solamente lo significa y proclama sino que lo realiza en su vida, muerte y resurrección. Por eso Jesús es el Reino en persona. El Reino es, ante todo, acción de Dios orientada por el Espíritu Santo a la venida de Jesucristo y a su plena realización. El espíritu de Jesús resucitado universaliza luego su misterio de salvación y lo hace operante en toda la creación y a través de toda la historia. Entroncada en el misterio pascual, la acción salvífica del Espíritu actúa por mediación de las iglesias que, con plenitud de medios, colabora en el establecimiento del Reino y nos prepara a recibirlo. También actúa a través de lo recto y verdadero de otras religiones aunque, en definitiva, la construcción del Reino es siempre obra de Dios.

El misionero es consciente de que la misión de la Iglesia es un servicio a la instauración del Reino de Dios, aunque, a veces, nos cueste entender que el Reino le construye Dios y el Espíritu de Jesús y no nuestras actividades. Nuestra participación en la misión de Dios para establecer el Reino, y en concreto nuestra propia misión como Iglesia, nos lleva a la contemplación del misterio de Dios. Se trata de descubrir en nosotros y en los otros la presencia divina, de ahí que necesitemos una conversión cada vez más profunda a los valores del Reino: a una percepción de Dios como amor sin condiciones y sin límites que se realiza, ante todo, en los excluidos, a un amor por todos los seres humanos a quienes percibimos como verdaderos hermanos y a una fe y esperanza plenas de que el Reino está ya realizándose y de que llegará a su plenitud.

También nos llama a la humildad, a ser servidores de un misterio que no poseemos ni dominamos pero al que, a veces, intentamos controlar colocándonos en situaciones de pretendido poder. El Reino que es, ante todo, acción de Dios es también respuesta a su llamada, volviéndonos a Él con amor y fidelidad, contemplando su misterio, compartiendo nuestra vida en comunión con los demás y promoviendo la justicia con el servicio y la entrega de nosotros mismos⁹.

6º.- Algunos rasgos más específicos de la espiritualidad de los presbíteros.

⁹ Cf. El Reino de Dios: horizonte y realización de la misión. Documento elaborado por el Foro de la revista Misiones Extranjeras

6.1. Vivir desde el don.

El presbítero necesita hacerse consciente de ser portador de un don para el pueblo y de ser él mismo don de Dios. Dado que es Dios quien elige y llama para hacerlo colaborador, es decisivo aprender a vivir desde la lógica del don. Aquí radica el principio y fundamento de la espiritualidad.

El presbítero recibe el don para la edificación del conjunto del pueblo de Dios, no para hacer carrera. Ser don para los demás implica una manera de existir y vivir, es dejar de pertenecerse a sí mismo para darse en Cristo a los demás. Este dinamismo reclama una espiritualidad profunda que hace que el presbítero evite vivir el ministerio del Espíritu como una profesión.

6.2. Una espiritualidad de transparencia.

Jesús vivió la misión como transparencia del padre. El servidor del Evangelio ha de comunicar la palabra del Maestro, hacer sus obras y ser presencia suya en medio de las personas.

“El sacerdote no habla por sí mismo sino desde Cristo” (Benedicto XVI, catequesis, 14 de abril de 2010). Configurado a Cristo cabeza recibe de Él los tres oficios de enseñar, santificar y gobernar.

“Sabemos, dicen los obispos españoles en su carta con motivo del Año sacerdotal, que somos instrumento sacramental de la acción salvadora de Cristo, y en consecuencia hemos de ser con nuestra vida transparencia del amor de Dios que salva al mundo amando a los hermanos”.

La misión del sacerdote es llevar a las personas hasta Cristo, sin posesionarse de ellas. Además quien vive el ministerio sacerdotal en la perspectiva apostólica no duda en ceñirse la tolla del servicio, haciéndose el último.

6.3. Una espiritualidad de encarnación.

El presbítero es y permanece un hombre entre los hombres. Jesús envía a los doce al mundo, como él fue enviado por el Padre al mundo, esto es en la debilidad de la carne. El sacerdote existencial reclama una perfecta obediencia a Dios y una solidaridad sin fisuras con los hombres.

La espiritualidad propia del pastor entraña compartir la vida de los hombres, sus gozos y alegrías, sus sufrimientos y luchas. El presbítero no puede recluirse en el templo, debe salir a los caminos, acercarse a las orillas, ir más allá para prolongar en su vida el movimiento de la encarnación.

Los obispos españoles en la carta a la que he hecho referencia reconocen que los rediles decrecen y que hay que salir a buscar. El pastoreo del sacerdote no es sedentario sino a campo abierto. Son conscientes de que la mayoría de los presbíteros fueron preparados para cuidar, mantener, conservar comunidades ya constituidas. Hoy, a pesar de la edad, son reclamados para conducir otras ovejas al redil ya sea a partir de una nueva evangelización o del primer anuncio. Comunidad y pastor deben ser misioneros.

Tener entrañas de misericordia y ponerse al lado de los pobres es signo de que el presbítero deja vivir a Cristo en él. Si se quiere ser amigo de Dios, decía el Cura de Ars, hay que ser amigo de los pobres. Y nuestro Juan de Ávila reclama que hay que hacerse con Jesús del bando de los pobres.

6.4. La unidad de vida.

En un mundo tan complejo y tan lleno de cambios a nivel de las sociedades y de la Iglesia, necesitamos que el principio y fuente de la unidad de vida se encuentre en Cristo, es decir que sea Él quien oriente y de sentido a nuestra existencia.

Hay que salir al paso de cierta dispersión, desestructuración a la que nos puede llevar el ritmo de la vida actual, las muchas demandas en el campo misionero, etc..

Para vivir y desarrollar esta unidad de vida es necesario cultivar un diálogo constante con el Señor.

“La oración, decía el cardenal Claudio Humes, ocupa necesariamente un sitio central en la vida del presbítero...la oración cultiva la intimidad del discípulo con su Maestro, Jesucristo. Todos sabemos que cuando ella falla la fe se debilita y el misterio pierde contenido y sentido” (Carta sobre la Oración, Diciembre, 2009).

“Es el ejercicio de la caridad pastoral la virtud que anima y guía la vida espiritual y ministerial del sacerdote. Con ella imitamos a Cristo, el Buen Pastor, con ella le somos fieles y con ella unificamos nuestra vida, amenazada de dispersión. Gracias a la caridad pastoral nuestro ministerio, más allá de un conjunto de tareas, se convierte en fuente privilegiada de nuestra santificación personal” (Carta de los obispos españoles).

6.5. Ser principio de comunión.

El presbítero tiene también la misión esencial de reunir, es decir, ser ministro de comunión, hasta dar la vida si es preciso. La pasión por la unidad es necesaria en la vida del presbítero, si no quiere renunciar a su identidad de pastor. Pasión por la unidad y por la comunión con el obispo, también con los hermanos presbíteros, con los laicos y con las personas de vida consagrada. Pasión por la unidad y por la comunión de toda la Iglesia diocesana y de la iglesia entera bajo la guía del Sucesor de Pedro, evitando toda desafección y alejamiento. Servir hoy a la comunión es una señal clara de nuestra fidelidad a Cristo, Buen Pastor. (Cf. Carta de los Obispos españoles).

6.6. Austeridad de vida y de medios.

Como misioneros o como instituciones misioneras podemos caer fácilmente en la tentación de depositar excesiva confianza en la organización, en los medios y en las obras.

A veces sobrevaloramos tanto los recursos humanos y materiales que damos la impresión de que la predicación de Cristo es cuestión de dinero, de obras y de desarrollo. Evidentemente que cuando actuamos así cambia de lugar el centro de gravedad de la acción misionera: ya no lo es el Evangelio de Cristo sino nuestras obras y nuestros medios

De esta forma se llega a considerar la actividad misionera en términos y con vistas a la contribución que se puede dar a la promoción humana, a la justicia y a la paz. Solamente así el cristianismo puede ser legitimado en el marco de una cultura como la actual.

Es un hecho que debido a las deficiencias estructurales de los estados en el ámbito de la sanidad, de la instrucción, del desarrollo en general, la Iglesia acude en su ayuda utilizando personal y recursos financieros que nunca serán suficientes.

Por supuesto que una misión entendida y vivida como comunión entre iglesias nos lleva a vivir algunas dimensiones y expresiones de la comunión, las más de las veces en una forma unidireccional. De ahí que se financie a las iglesias jóvenes que necesitan estructuras adecuadas para un desarrollo armónico, nunca teniendo como modelo las estructuras occidentales y sí estructuras más adaptadas al medio y que tengan garantizada la continuidad por parte de las mismas comunidades. Sin duda alguna que el Evangelio sería incomprensible sin esta corriente de comunión que se explicita en obras, quedando reducido a una corriente de espiritualidad gnóstica. Pero hay que confesar que la organización, el activismo, el uso excesivo e indiscriminado de los medios, por épocas y tiempos, toman ventaja y quitan eficacia al trabajo misionero, presentando en demasía el rostro de los hombres y escondiendo inevitablemente el rostro de Cristo. (Cf. Vito del Prete,

art. cit.)

6.7. Sentir la pertenencia a la iglesia particular de origen y de destino.

Para un sacerdote diocesano, la pertenencia a una Iglesia particular es una nota decisiva. En efecto, el presbítero recibe y desarrolla el don de Dios en el seno de un presbiterio diocesano, presidido por el Obispo, y al servicio del pueblo de Dios presente en un lugar, en una cultura y tradición determinada.

Las formas de precisar la espiritualidad presbiteral, incluso en el seno de un mismo presbiterio, pueden ser variadas y conviene que así sean para que respondan mejor a las diferentes fuentes de inspiración. La complementariedad en la comunión es siempre riqueza. Por lo tanto nadie puede marginarse ni situarse como el único camino posible a seguir para ser fiel a la gracia del sacramento. El Espíritu del Señor nos va regalando personas portadoras del ministerio espiritual y éstas tienen sus dones y sensibilidad.

El presbítero misionero vive la pertenencia a la iglesia particular desde dos perspectivas: la de origen, la iglesia que lo envió y está detrás de él, acompañando, apoyando su trabajo misionero y la iglesia de destino en la que se inserta pastoralmente y en la que entra a formar parte de su presbiterio. El sacerdote misionero debe situarse, en diálogo con el obispo local, en aquellas situaciones más misioneras, sintiendo aquella iglesia como suya, trabajando por ir poniendo bases sólidas para su autosuficiencia, sin crear dependencias, promoviendo el clero local, contribuyendo a despertar la conciencia misionera del presbiterio, siendo referentes sacerdotales en presbiterios relativamente muy jóvenes.

La espiritualidad del presbítero es un camino para dejarse modelar en la Iglesia y a través del ejercicio mismo del ministerio, por la acción del Espíritu santo de modo que sea signo e instrumento del único Mediador Cristo, misionero y enviado del Padre.

63 Semana Española de Misionología, Burgos, julio 2010